



 Los crímenes de
Coram House Bailey
Seybolt

DESTINO

Los crímenes de Coram House

Bailey
Seybolt

Traducción de
Albert Vitó i Godina

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1715

Título original: *Coram House*

© Elizabeth Bailey Seybolt, 2025

© por la traducción del inglés, Albert Vitó i Godina, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025

Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: septiembre de 2025

ISBN: 978-84-233-6852-5

Depósito legal: B. 11.818-2025

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Rotoprint By Domingo, S. L.

Printed in Spain - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.



I

Salgo de Brooklyn antes de que el resto de la ciudad se despierte. El día es gélido y húmedo. No nieva, pero las aceras están mojadas y hay montones de nieve sucia a medio derretir atascando las alcantarillas. Normalmente las casas de ladrillo me parecen alegres y luminosas, pero hoy el cielo gris destiñe todo lo que me rodea. Cierro la puerta del edificio y bajo la maleta a pulso por la escalera. Hay restos de confeti acumulados en la acera. Pronto irán a parar al río, junto con la nieve derretida. Esta mañana reina un silencio poco habitual, como si al día siguiente la ciudad todavía estuviera durmiendo la mona tras la fiesta de Año Nuevo.

Fue una Nochevieja especialmente fría y despejada, de manera que los ruidos de las celebraciones de la gente llegaron hasta el apartamento vacío que tengo en la tercera planta del edificio. Un grupo de chicas pasó bajo mi ventana, riendo y bebiendo botellines de champán con pajita. Tuve escalofríos al verles las piernas desnudas y blanquísimas. Siempre he odiado el Año Nuevo.

Hace unos días Lola me hizo una visita con una botella de vino para brindar por mi nuevo libro. Sabía a grandes rasgos de qué trataba: el viejo orfanato, la iglesia, los horrores y abusos habituales, el caso que por fin lo había destapado todo y el acuerdo posterior que lo había vuelto a enterrar.

«Parece destinado a ser un superventas» fue lo único que dijo, y eso que ya la había puesto al día sobre la letra pequeña: seis meses en Vermont y el nombre de otra persona en la cubierta.

Tengo que escribirlo desde las sombras.

Después de todo lo que había salido mal con mi último libro, la idea me pareció atractiva. Sería como si no hubiera estado allí. Además, tenía un cajón lleno de facturas médicas por pagar. Habían pasado tres años desde la muerte de Adam y todavía seguían llegando. Ese tipo de cosas nadie te las cuenta.

«De acuerdo —había dicho Lola—, te ayudaré a preparar el equipaje.»

Y lo intentó, sacando ropa de mi armario y sosteniéndola en alto para examinarla. Un jersey grueso a rayas. Un vestido largo y floreado de color rojo. Cosas que llevaba años sin ponerme. Me rellenó la copa, intentó convertir el proceso en algo divertido, pero yo no estaba de humor. Cuando se marchó me dediqué a dar vueltas sin rumbo por casa, terminándome la botella yo sola. Me parecía imposible sacar nada de los estantes. Era como si con los años todo hubiera echado raíces. Al menos había conseguido vaciar el armario de Adam.

Sola, me dediqué a apilar un montón de cosas que eran importantes para mí. Fotografías de nuestra boda. Una piña de secuoya, diminuta como una bellota, que recogí durante un viaje a California. Una piedra perfectamente esférica que encontré en un templo peruano y decidí llevarme a casa. «Es una antigua pelota de ping-pong», le dije a Adam. Cada objeto llevaba asociado un recuerdo que había guardado bajo llave en mi cabeza para afrontarlo más adelante, siguiendo el consejo de una terapeuta a la que acudí unas cuantas veces tras la muerte de Adam. No se me ocurrió preguntarle qué ocurría si simplemente dejabas los recuerdos allí dentro, con la puerta cerrada a cal y canto.

Al final resultó que el montón entero cupo en una sola caja que terminó guardada en el sótano de Lola. Todo lo demás lo dejé en la acera. Las botellitas de vinagre. Los candelabros de latón. Un juego de sábanas muy feo, de color marrón. Eran objetos que se habían ido acumulando como si los hubiera arrastrado la corriente.

Hoy tengo el coche aparcado delante de casa: ha sido un pequeño milagro encontrar ese sitio. Compré el coche en un barrio residencial de Nueva Jersey el día después de firmar el contrato del libro. Es un Toyota usado, con más de cien mil kilómetros y dos abolladuras a juego en el techo que el anterior propietario le hizo entrando en un garaje con la bicicleta en la baca. Me gusta que el coche ya tenga su propia historia. Cargo mi equipaje en el maletero, junto con las cajas en las que llevo todo lo del trabajo: el portátil y libros de referencia, libretas en blanco, mis rotuladores preferidos, fichas y un archivador vacío. El estómago me ruge.

Son poco más de las seis de la mañana, pero el rótulo que indica que la tienda de bocadillos está abierta promete café caliente. Pido el mismo *bagel* de siempre, de queso crema y rodajas de tomate, sabiendo que estará pálido y que será harinoso. Mientras espero, me tomo el café con la mirada fija en las ramas peladas de los árboles del parque que hay al otro lado de la calle, en la pintura verde descascarillada de las escaleras que bajan al metro. Pantone 350. Verde Nueva York. Se me encoge el estómago.

Estoy siendo una sensiblera. El contrato del libro establece que tengo seis meses para escribir el primer borrador y luego podré volver. Por otro lado, aunque estuviera aquí, apenas salgo del apartamento durante las primeras fases de un proyecto. Además, ni siquiera es un final de verdad: eso fue hace tres años. Es más bien como arrancarse un padrastro: sí, arrancar ese hilo de carne duele, pero también es un alivio.

Me llevo el *bagel* al coche envuelto en papel encerado.

El móvil me suena en cuanto me siento tras el volante: un mensaje de Lola deseándome suerte y avisándome de que va a nevar y de que si no conduzco con cuidado me quedará tirada en la cuneta. También tengo un correo electrónico de Alan Stedsan, mi nuevo coautor.

Empieza con un «Apreciada señora Kelley», demostrando la misma formalidad que en los correos anteriores. Tal vez es algo que los abogados no pueden evitar. Me desea que tenga un buen viaje y me pregunta si pasaré por su despacho mañana para empezar. Tecleo una respuesta rápida para confirmárselo.

Solo hemos hablado una vez por teléfono, pero bastó para formarme una imagen de Stedsan. Prácticamente solo habló él. Me hizo un breve resumen del caso contra la Iglesia católica y me dio su visión del libro: una historia para los amantes del *true crime*. Necesitaba a alguien a quien se le dieran bien las dos cosas, dijo, una especie de joven Erik Larson. Su tono sugirió que para él no había mayor cumplido que ese.

Se suponía que aquella conversación debía ser una entrevista de trabajo, pero tuve la sensación de que buscaba algo en mis respuestas, una naturaleza misteriosa. Justo antes de colgar me preguntó si deseaba cambiar algo de ese contrato tan draconiano, aunque por supuesto él no lo definió de ese modo. Le concedía un control editorial absoluto. Me obligaba a firmar un acuerdo de confidencialidad estricto con una penalización de seis cifras en caso de que se me ocurriera no respetarlo. Además, el calendario implacable y la mudanza obligada a Vermont para que él pudiera controlar el progreso.

Le dije que no. Que todo me parecía bien.

Mi agente me llamó una hora más tarde con la oferta. O sea que supongo que Stedsan buscaba una naturaleza más conformista que misteriosa, después de todo.

Saco las indicaciones para llegar al apartamento que he alquilado sin verlo. Burlington, Vermont. Seis horas

en dirección norte, prácticamente en línea recta. El motor suelta un crujido metálico nada más arrancar, pero pronto me incorporo a Atlantic Avenue. Cinco manzanas más allá me doy cuenta de que ni siquiera le he echado un último vistazo al apartamento. Una camioneta blanca se cruza en mi camino con un bocinazo. Cualquier remordimiento queda ahogado por la ansiedad de intentar llegar hasta la autopista sin morir en el intento.

Después de una hora conduciendo en dirección norte el tráfico es más fluido. El *bagel* y el café ya se han enfriado. A través de las copas ralas de los árboles diviso ciudades en miniatura en el fondo del valle y campos nevados salpicados con caballos pardos o vacas. Cuando llego a Albany, los bloques de oficinas y las chimeneas me parecen enormes.

A partir de ahí las ciudades se vuelven cada vez más pequeñas y dispersas, hasta que paro a repostar en una que consiste en una sucursal de correos y un almacén encajados entre bosques nevados de árboles perennes. Lleno el depósito en el primer surtidor, cambiando de mano cada diez segundos para no congelarme.

Ya dentro de la gasolinera, recorro los estantes que contienen todas las variedades imaginables de patatas fritas (encurtido con eneldo, ketchup, gamba) hasta que encuentro el café junto a una caja de donuts cubiertos de azúcar glas. Una vez leí que un hombre había metido cuchillas de afeitar en donuts de gasolinera y a alguien tuvieron que suturarle la lengua. Lleno un vaso, cojo un donut de la caja y pago. Cuando vuelvo a salir, el viento me abraza como si me hubiera echado de menos. El donut sabe a manzana y canela. Es delicioso, y además no encuentro ninguna cuchilla dentro.

Una vez Adam me acusó de ver peligros en todas partes. Y culpó a mis libros de ello. Según él, si me dedicara a escribir sobre gatitos en lugar de asesinatos, el mundo me parecería menos amenazador.

«Nadie quiere leer libros sobre gatitos», le dije.

«Todo el mundo quiere leer libros sobre gatitos», respondió él.

Pero creo que no comprendí el debate. Es posible que vea peligro en todas partes, pero eso se debe a que el mundo es un lugar peligroso. Hay donuts capaces de rebanarte la lengua. «No me invento lo que escribo en mis libros», debería haberle dicho. Son cosas que pasan de verdad. Era él quien no veía las cosas tal como eran. Era él quien creía que la vida no pararía de mejorar hasta el final.

Me pregunto qué diría Adam sobre este nuevo proyecto. Más oscuridad y más muerte. Tal vez se entusiasmaría ante la perspectiva de salir de Nueva York durante unos meses, aunque también es posible que odiara la idea. Por un tiempo fui capaz de invocar su voz, imaginando lo que habría dicho y cómo lo habría dicho. Pero ya no puedo hacerlo. Dentro de mi cabeza, su voz ahora suena como la mía, y ni siquiera el dolor que eso me provoca es ya tan intenso como antes. Es más bien como apretarse un moratón que está a punto de curarse.

Vuelvo a meterme en el coche y continúo conduciendo.

Las horas siguientes transcurren sin que suceda nada destacable. No hay tráfico ni ventisca, solo una calzada que discurre por colinas, con alguna que otra población o un granero solitario junto a la carretera. Busco con la mirada la Joroba de Camello, una montaña cuya forma distintiva aparecía cada vez que investigaba acerca de Vermont en internet, pero no la encuentro por ninguna parte. Empiezo a comprender que a la gente le guste conducir.

Cuando llego a lo más alto de la siguiente colina, veo el destello de la autopista a lo lejos. Luego un puente de color verde menta me permite cruzar el río y regreso al presente. Un centro comercial repleto de grandes tiendas

de descuentos, el canto de sirena del consumismo: todo barato y en abundancia. A juzgar por las imágenes en internet, Burlington parecía un lugar bastante bonito. Muchos edificios antiguos de ladrillo con las amplias extensiones del lago Champlain de fondo. Pero en estos momentos me preocupa que no fuera más que una estafa. A ver si lo que me espera son seis meses de sórdidos centros comerciales y desayunos en McDonald's. Aunque le había dicho a Lola que Burlington era una ciudad (¡la mayor de Vermont!), me doy cuenta de que, aunque no esperaba naturaleza en estado puro, en parte sí confiaba en encontrar un lugar encantador y cercano al ideal de Thoreau.

Subo por otra colina coronada por un campus universitario. Los edificios históricos se mezclan con construcciones modernas de grandes cristaleras. Por el retrovisor veo la forma inconfundible de la Joroba de Camello en el horizonte. Me parece significativo el hecho de ver la montaña por primera vez de forma inesperada y a través de un espejo, aunque no estoy segura de si se trata de un buen o un mal presagio.

Sigo recto cuando debería haber girado y me pierdo por un laberinto de calles de un solo sentido hasta que por fin llego a Archibald Street. A la mayoría de los edificios no les iría nada mal una capa de pintura, pero aparte de eso el barrio es animado. Hay una panadería con los cristales empañados, una tienda en la esquina que promete samosas y un mural de Muhammad Ali tan grande que podría acurrucarme dentro de una de sus fosas nasales. A continuación hay un cementerio colonial encajado entre una hilera de casas victorianas divididas en varios apartamentos a juzgar por el número de buzones.

Llego a la última casa de la manzana, un lugar destartado y pintado de violeta fosforito. Vuelvo a comprobar la dirección para asegurarme de que no me equivoco, pero el móvil me asegura que he llegado a mi

destino. Estoy revisando el correo electrónico, intentando encontrar el número del casero, cuando alguien da unos golpecitos en el capó de mi coche.

Fuera, un hombre de pelo blanco me hace señas para que baje la ventanilla.

—Usted debe de ser Alex —me dice—. Soy Joe, el propietario del edificio. ¿Qué tal el viaje?

Me apresuro a salir del coche mientras él me lanza una explicación sobre cómo hay que retirar la nieve y cómo hay que aparcar. En la acera hay varios charcos helados, pero el hombre camina con más seguridad que yo a pesar de su edad y de llevar las botas de nieve desabrochadas.

—Bueno —me dice, extendiendo los brazos hacia la masa monstruosa que es la casa violeta—, pues aquí la tiene.

Me froto los brazos, lamentando no haberme tomado el tiempo de sacar el abrigo y esperando que él se dé cuenta, pero se limita a aguardar mi respuesta.

—Es muy alegre —digo, al fin.

—Es que aquí todo es muy gris durante seis meses al año, así que pensé: ¿por qué no animamos un poco el barrio? —me cuenta. Claramente no es la primera vez que lo justifica de ese modo—. Bueno, pues ¿preparada para la gran visita?

Abre la puerta del edificio y lo sigo hasta el interior por unas empinadas escaleras.

Me muestra el calentador de agua, la salida de incendios y me explica cómo manipular el cuadro eléctrico en caso de que la calefacción sobrecargue el sistema. Al parecer, todo queda explicado por el hecho de tratarse de una casa antigua. Finalmente llegamos a la cocina y la nieve de nuestras botas empieza a derretirse sobre el linóleo amarillento.

Con un gesto de la cabeza me señala la puerta que da al salón.

—Tenía una mesa vieja en el garaje. Le pedí a mi hijo

que la limpiara y la colocara allí. Pensé que sería mejor que un escritorio, así tendrá más espacio y todo eso si ha venido a escribir un libro.

—Gracias —le digo—. Es genial.

Hace una pausa, esperando a que continúe hablando, pero me limito a sonreír con cordialidad. La gente siempre siente interés cuando les dices que eres escritora. Es como si no fuera una profesión de verdad y les debieras una explicación adicional, pero hace tiempo que superé el impulso de llenar el silencio. Además, Alan Stedsan me advirtió que debía ser reservada respecto al proyecto. «No vaya contándole a la gente en qué está trabajando —me dijo—. A menos que sea imprescindible.»

—Bueno, pues...

Joe saca un manojo de llaves y me lo entrega. Un llavero en forma de búho me mira con unos grandes ojos bailones.

—Normalmente paso por aquí los miércoles —me dice— para comprobar que todo esté bien. Pero ya tiene mi número, avíseme si necesita algo. Y buena suerte con su proyecto de historia.

Dicho esto, se marcha cerrando la puerta tras él. Se oyen sus pesados pasos por la escalera y luego la puerta del edificio.

Recorro las diferentes estancias haciendo una especie de inventario, o tal vez una tasación. La cocina está limpia y es sencilla, huele a lejía y a moho. Hay un fogón eléctrico, un frigorífico pequeño y una ventana que da al solar asfaltado que hay detrás de la casa. El salón está enmoquetado de color gris. El sofá de brazos de madera me recuerda a los típicos muebles de dormitorio universitario. A su lado hay una mesita de café de madera laminada y un pequeño televisor. La mesa prometida, que ocupa la mayor parte del salón, parece recién sacada de una granja, con el tablero de pino mellado y las patas torneadas. En Brooklyn se pagan miles de dólares por un

acabado tan pulcramente desaliñado. Paso la yema del dedo por una hilera de marcas diminutas que hay en la superficie y que parecen hechas con las puntas de un tenedor.

En el dormitorio, el colchón todavía está envuelto en plástico. Es la única cosa que insistí en comprar nueva, tras una década aterrorizada por las chinches. La lámpara de la mesita arroja un tenue resplandor amarillo bajo una pantalla demasiado grande para lo achaparrado que es el cuerpo. La única ventana da a la calle y ofrece vistas a una tienda esquinera y al cementerio. El colchón se arruga bajo mi peso cuando me siento para hacer balance de la situación, buscando indicios de pánico ante mi nueva realidad.

Lo repaso todo como quien sigue una lista de comprobaciones. Salir del apartamento en el que he vivido durante siete años, hecho. Desprenderme de la mayor parte de mis posesiones, hecho. Mudarme a una ciudad en la que no conozco a nadie, hecho. Aceptar un encargo como escritora fantasma de un absoluto desconocido, hecho, hecho, hecho.

Pero el pánico no aparece por ninguna parte. Lo único que siento es cansancio.

Decido sacar las cajas del coche. Busco una pizzería con servicio a domicilio. Compró una botella de vino. Por la ventana veo cómo caen del cielo unos cuantos copos de nieve. Cada vez nieva con más y más fuerza. La tormenta prometida por fin ha llegado.

Cuando me despierto, el cielo está negro y el silencio es tan sepulcral que pienso que debe de ser medianoche. Pero no, el móvil me informa de que son casi las seis de la mañana. Salgo de la maraña de mantas y camino sobre las tablas heladas del suelo hasta la ventana. El mundo ha quedado sepultado bajo una gruesa capa de nieve. Oigo

una máquina quitanieves a lo lejos, pero aún no ha pasado por mi calle. El cementerio está pintado con suaves sombras azuladas.

Tengo la sensación de tener los ojos llenos de arena, pero no vuelvo a la cama. Las primeras horas de la mañana siempre han sido mi momento favorito del día. Eso sí, necesito café.

En la cocina me desconcierta ver sobre el mostrador la bolsa de la compra que tenía en el apartamento de Brooklyn. Es como si un fantasma se hubiera perdido y hubiera ido a parar a una vida equivocada. Pongo una rebanada de pan en la tostadora. Ni mantequilla ni leche. Pero de momento me basta con esto.

Mientras se prepara el café, enciendo el portátil. Anoche lo dejé sobre la mesa junto con la delgada carpeta que contenía todo lo que Stedsan me ha dado hasta el momento, que no es mucho. Mi contrato. La sinopsis del libro. Una propuesta de calendario: un mes para un esquema, demasiado exigente, tratándose de un libro de investigación. Stedsan me prometió que tenía cajas llenas de declaraciones transcritas, cintas de entrevistas y fotografías históricas, y que todo me estaba esperando en su despacho. También me dijo que podría haber más documentación en la iglesia o en las asociaciones históricas locales.

Le mando un correo electrónico rápido a mi agente para avisarle de que he llegado. Su manera de hacerme saber que está furiosa ha consistido en no dirigirme la palabra desde que firmé el contrato. Ella asumió que lo negociaríamos (el dinero, las condiciones de la autoría), pero le dije que no. Que nada de nada. Me obligó a sentarme en su despacho y llegó al punto de agacharse para que quedáramos frente a frente, como hacen los padres cuando hablan con los hijos. «Sé que la historia es interesante —me dijo—, y sin duda hay sequía de proyectos, y tu último libro no ha funcionado precisamente, pero

has estado dos veces en la lista de superventas ¿y ahora ni siquiera te molesta que tu nombre no se mencione?»

Pero nada de lo que dijo consiguió hacerme cambiar de idea.

La historia era interesante. Un orfanato encantado como telón de fondo. Las historias terribles de monjas y curas. El acuerdo que enterró todo el asunto. Pero esa no era la razón por la que acepté el contrato. Mi agente pensaba que simplemente no había escrito nada durante el último año y medio. Que estaba en proceso de duelo. En ningún momento le dije que me sentía incapaz de escribir, que lo había intentado y no lo había conseguido. Que había buscado de nuevo aquella chispa que había sentido con el primer libro, pero no había logrado encontrarla. Que empezaba a creer que la había perdido definitivamente. Aunque tal vez podría si escribiera como si fuera otra persona. Si todos los que habían participado en la historia ya habían muerto y ni siquiera cabía la posibilidad de que les jodiera la vida. Tal vez así las cosas serían distintas.

Me pongo a deshacer el equipaje y termino al cabo de diez minutos. Luego me tomo el café. Mi cita con Stedsan no es hasta las diez, pero hacia las ocho ya se me cae la casa encima. En Brooklyn habría salido a correr para transpirar mi impaciencia por los caminos de Prospect Park, o por el sendero que sigue el curso del río. Antes de venir estuve averiguando qué rutas podría recorrer por aquí, pero ninguna de las que encontré tenía en cuenta que hubiera treinta centímetros de nieve. Pienso en el rótulo que vi ayer en el escaparate de la tienda que prometía samosas. Me pongo las botas de nieve recién estrenadas, cojo las llaves y cruzo la calle.

El suelo del minúsculo supermercado ya está resbaladizo por culpa de la nieve húmeda y marrón. Lleno de samosas una bolsa de papel y me sirvo un vaso de chai caliente, tan especiado que el mero olor ya me reconforta.

Voy comiendo mientras camino, paso por delante de un restaurante nepalí y luego frente a una escuela que tiene una casita en un árbol del patio. Ya está repleta de niños, cuyos gruesos abrigos parecen manchas de colores sobre el fondo blanco de la nieve.

La calle termina en un parque, aunque no ofrece gran cosa: una fuente de piedra seca y una extensión de nieve moteada por tallos de hierba marrón, todo cercado por un muro de contención. Si cayeras rodando por la empinada cuesta, irías a parar al puerto. Sin duda con unos cuantos huesos rotos.

Había consultado un mapa de Burlington. El centro se encuentra en una bahía que no aparentaba ser más que una pequeña ensenada del lago Champlain. Sin embargo, ahora que me he plantado delante, me parece bastante grande: una extensión de hielo de tres kilómetros de ancho salpicada de casetas de pesca. Queda limitada a ambos lados por sendas penínsulas boscosas, como si un índice y un pulgar formaran un círculo y delimitaran la bahía respecto a las aguas abiertas que hay más allá.

Le pego un mordisco a una samosa y la grasa me gotea por la barbilla. Sentada en el muro con los pies colgando más allá del borde, empiezo a tener vértigo, por lo que les doy la espalda a las vistas mientras termino de comer. Al otro lado del parque, tres agentes de policía están apiñados junto a un autobús escolar aparcado. La periodista entrometida que llevo dentro se pregunta qué ocurre. Luego un hombre con delantal le entrega por la ventanilla a uno de ellos un vaso de papel y un paquete envuelto en aluminio.

El agente mete unos cuantos dólares en un tarro. Es entonces cuando me doy cuenta de que el aire huele a grasa. El flanco del autobús está pintado con grandes letras de color azul: EL BUS DE BEANSIE. Los agentes cruzan la calle y entran en un edificio bajo de ladrillo. DE-

PARTAMENTO DE POLICÍA DE BURLINGTON, anuncia el rótulo que hay encima de la puerta.

Me vibra el móvil. He recibido un mensaje de Stedsan. «Llego tarde. Va bien a las 10.15?»

Ya son casi las nueve y media. Le respondo: «¡Ningún problema! ¡Hasta luego!».

Pulso el botón para enviarlo y de inmediato me arrepiento de haber añadido los signos de exclamación. Luego me arrepiento de haberme arrepentido. Me parece patético caer en una espiral de dudas sobre puntuación con treinta y seis años. Hace cinco creo que no me habría sentido tan indecisa, pero tampoco puedo estar del todo segura. Es un territorio demasiado lejano para recordarlo con claridad. El frío ha solidificado la grasa de mi samsa. Arrugo el resto de la bolsa y la tiro a la basura.

El reloj del salpicadero marca las 10.05 cuando aparco frente a un pequeño edificio de ladrillo con esa pátina blanca de antigüedad que tanto codician los programas de reformas de viviendas. Delante hay un rótulo de madera colgado de un poste: ALAN STEDSAN, ABOGADO, en letras doradas sobre un fondo negro. El resto de la calle está repleto de casas señoriales con torretas y adornos de pan de jengibre. El ambiente huele a dinero y buenas conexiones.

Echo un vistazo por el retrovisor, pero lo que veo reflejado no me anima en absoluto: unas profundas ojeras y unos labios pálidos que se confunden con el resto de la piel. Rebusco por la guantera, encuentro una barra de carmín medio congelada y me aplico un poco en los labios y en las mejillas. Es suficiente.

No hay timbre junto a la puerta roja, solo una aldaba de latón con forma de puño. Llamo y al cabo de pocos segundos se abre la puerta. Alan Stedsan tiene casi setenta años, pero hay algo en él que carece de edad. Es como

si en realidad tuviera treinta años y llevara maquillaje para interpretar a alguien mucho mayor. Mido más de metro setenta, pero tengo que levantar la cabeza para poder ver sus brillantes ojos azules y sus pómulos de cristal tallado. Parece el descendiente de una estirpe de reyes vikingos. El traje caro también ayuda.

—Alex —dice, tendiéndome la mano para que se la estreche—. Soy Alan Stedsan. Me alegro de conocerla por fin. Adelante.

Entro en el vestíbulo, un oscuro capullo revestido de papel pintado a rayas verdes y suelo embaldosado.

—¿Me permite el abrigo? Puede dejar las botas allí.

Señala una bandeja de cobre que hay junto a la puerta. Bajo el dobladillo de los pantalones del traje solo lleva calcetines, pero aun así consigue conservar la elegancia. Le tiendo mi abrigo y me quito las botas, manteniendo el equilibrio sobre un pie y manchándome de nieve los bajos de los vaqueros.

Stedsan me guía hasta el salón y luego se marcha a buscar «un refrigerio». La estancia está decorada con madera clara y muebles modernos. En un rincón hay una estufa de leña encendida. Tiene forma de huevo y descende desde el techo por un largo tubo, como si fuera una nave espacial. Es un ambiente de IKEA de ricos que no se corresponde con lo que esperaba encontrar.

La pared del fondo es una cristalera que da a un jardín nevado, aunque el único signo de vida es un pequeño árbol retorcido con un banco de piedra al lado.

—En septiembre da cientos de manzanas.

Me doy la vuelta y me encuentro a Stedsan sosteniendo una bandeja con una cafetera francesa. En calcetines se mueve tan sigiloso como un gato. Me ofrece un plato de delicadas pastas de hojaldre, pero lo rechazo para no llenarle el sofá caro de migajas.

—Tiene un despacho precioso —comento con un gesto de admiración que abarca toda la estancia.

—Estoy casi retirado, de manera que ahora mismo es más un hogar que un despacho. ¿Qué me dice de usted? ¿Se está adaptando?

Pienso en el mobiliario genérico de motel y en el linóleo desconchado de mi apartamento. Es extraño que ciertas cosas no nos molesten hasta que nos damos cuenta de lo que contrastan respecto a otras.

—Todo bien, gracias —respondo.

Hablamos durante un rato sobre la ciudad, sobre los restaurantes que tengo que probar y me pregunta si me gusta esquiar. Le digo que no, negando con la cabeza. Lo intenté unas cuantas veces con Adam cuando nos conocimos, cuando todavía intentaba impresionarle con mi audacia. Él era todo elegancia, golpeando ligeramente la nieve con los bastones en cada giro, mientras que yo parecía un pulpo recién nacido, con todas esas extremidades sobrantes con las que no sabía qué hacer. No es una experiencia que haya ansiado repetir.

—Entonces, el caso... —digo, desviando la conversación de mi vida personal para volver a tierra firme.

—Sí, el caso.

Yo había investigado un poco. Sabía que había quedado resuelto en un acuerdo extrajudicial a cambio de lo que en términos actuales era prácticamente nada. En 1993 la gente todavía quedaba conmovida ante la idea de que un sacerdote le hiciera algo semejante a un niño. Lo impensable todavía era increíble. Luego el artículo de investigación del *Boston Globe* que se publicó en 2002 abrió la Iglesia en canal y arrojó un poco de luz. Si el caso de Coram House hubiera ocurrido diez años después, las cosas habrían sido muy distintas.

Stedsan se reclina en su asiento y dobla sus largas piernas de un modo que me hace pensar en una mantis religiosa.

—El caso, a decir verdad, fue un desastre —me cuenta—. Lo heredé de un socio del bufete que lo había

aceptado *pro bono* de otro abogado. Los demandantes no se ponían de acuerdo en nada y continuamente dejaban el caso para reabrirlo de nuevo por su cuenta. Cuando el editor se puso en contacto conmigo para que escribiera este libro, debo decir que me llevé una sorpresa. Pero cuanto más pienso en mi legado... —dice, tras lo cual hace una pausa y se encoge de hombros—. Es una historia que vale la pena contar, y parece que yo soy la persona indicada.

Las palabras elegidas para expresarlo son como mínimo interesantes, sobre todo viniendo de alguien que ha contratado a otro para que lo escriba en su nombre. Tal vez sea un recordatorio de que no debo olvidar mi papel, aunque también es posible que esté leyendo entre líneas más de la cuenta.

—Los plazos marcados son muy ajustados, tratándose de un libro como este —opino.

—Ya tengo una edad —replica, riendo y encogiéndose de hombros de nuevo.

Sonrío. Probablemente es cierto, publicar es un proceso lento, pero aun así detecto algo tras esas palabras. Le gusta controlar la situación. Su mirada te atrapa como el resplandor de unos faros azulados. Seguramente es muy eficaz en los tribunales.

—Usted no es como yo esperaba —comenta Stedsan.

«Nadie es como esperan los demás», siento la tentación de decirle.

—¿Qué esperaba? —opto por preguntar, con la esperanza de que no detecte el titubeo de mi voz, la forma en la que me han asaltado las dudas de repente.

—Tal vez deberíamos afrontar el elefante en la habitación.

Siempre he odiado esa expresión.

Creo que Stedsan se ha propuesto transmitir rotundidad, pero el platillo tintinea ligeramente cuando deja la taza sobre él.

—Su último libro fue problemático —constata en un tono diplomático—. Su agente mencionó que fue debido a circunstancias personales. Supongo que podríamos llamarlo «una crisis nerviosa», aunque ella no utilizó exactamente esas palabras.

El nudo que tengo en la garganta crece todavía más, pero mantengo mi expresión neutral.

—Una crisis nerviosa. Suena muy victoriano.

Me escruta, esperando recibir lo que le corresponde.

Me siento como si alguien me hubiera perforado el estómago y estuviera rezumando ira. Qué importa, al fin y al cabo.

—Mi marido murió —digo—. Durante un tiempo el trabajo dejó de importarme tanto y mi último libro acusó mi actitud.

Me odio a mí misma por estar ofreciéndole esa explicación. Porque es cierta, pero al mismo tiempo no lo es. Amaba a alguien que murió. Después, todo lo que solía parecerme importante (el trabajo, la comida, los amigos) se convirtió en una especie de decorado de cartón piedra. Pero el libro siguió importándome. Tal vez era la única cosa que lo hacía, aunque eso no impidió que terminara siendo un desastre.

—Para ser sincera, no estaba segura de si volvería a escribir otro libro en la vida.

Qué bien sienta decirlo en voz alta.

—Verá —me dice Stedsan—, mi esposa murió hace unos años.

—Lamento oírlo.

Él asiente, aunque en realidad no me ha escuchado, porque simplemente es una de esas cosas que se dicen en esos casos.

—Entonces, ¿por qué me ha contratado? —pregunto.

Él tamborilea con los dedos sobre la mesa.

—*La isla* era un buen libro —afirma—. Y me salía usted más barata.

Se me escapa una carcajada. Estaba esperando un relato sobre segundas oportunidades.

—Sí —admito—, seguramente sí.

—Sea como sea, aquí está —dice—. ¿Empezamos?

Stedsan me guía por un pasillo hasta un gran despacho. La estancia está dominada por un escritorio lo suficientemente grande para servir como mesa de comedor. Tras él, una puerta da a la calle. Me incomodaría tener una puerta a mi espalda mientras trabajo, pero me da la sensación de que eso no inquieta a Stedsan en absoluto. Me señala un rincón en el que hay varias cajas de cartón apiladas cerca de un sofá de dos plazas tapizado con brocado.

—Es un desastre —dice Stedsan con desenfado—. Declaraciones, recortes de periódico, documentos legales. Es posible que le falten páginas a todo. Una caja de fotografías sin clasificar. El caso se alargó durante años y cambió de manos entre vaya usted a saber cuántos asistentes jurídicos, cada uno con su propio sistema de archivo.

Stedsan apoya la mano en una caja que se tambalea precariamente en lo más alto de la pila. Cuento al menos diez más. CORAM HOUSE, escribió alguien en el lateral con letras mayúsculas. Como si lo gritara.

—Creo que mi material le parecerá más organizado —prosigue—. Algunos de los vídeos fueron destruidos, seguramente por ratones, pero las cintas que han sobrevivido están aquí, junto con las transcripciones de todo el resto. También debería pedir a la policía el material que tienen.

—¿A la policía? —Me vuelvo para mirarlo.

Él se encoge de hombros.

—No es muy probable que eso la lleve a ninguna parte. Y en la iglesia también es posible que tengan algunos documentos.

—¿Y estarán dispuestos a compartirlos?

La sala huele levemente a papel viejo. Intento ignorar

el ansia que siento por cortar la cinta adhesiva y abrir la primera caja.

Stedsan esboza una sonrisa taimada.

—Ah, sí, están encantados de poder ayudar. Por cierto... —dice, tras lo cual abre una agenda encuadernada en cuero que descansa sobre el escritorio—. ¿Tiene algo que hacer el miércoles de la semana que viene a las nueve de la mañana?

Estoy a punto de reírme. El contrato me ha obligado a mudarme a un lugar en el que no conozco a nadie más que a Stedsan.

—No —respondo—. ¿Qué tiene pensado?

—El padre Aubry nos ha invitado a merendar.

—Me parece muy... conciliador.

—Sí, ¿verdad? Lo dejo en sus manos, pero yo intentaría ser cordial. El padre Aubry no es un mal tipo.

«Para ser cura», pienso.

—Esa reunión...

—Merienda. Creo que el padre Aubry lo considera una visita social.

Me encojo de hombros, me trae sin cuidado cómo quiera llamarlo.

—¿Será en Coram House?

Stedsan niega con la cabeza.

—No. El edificio ya está en manos del constructor. Pero la rectoría está en la misma propiedad, justo detrás de la iglesia de Saint Joseph. No tiene pérdida, desde la carretera.

—¿Cree que el constructor nos dejará entrar?

La expectativa me golpea el pecho desde dentro. Necesito verla como sea.

Stedsan agita una mano, como si estuviera hecho.

—Lo llamaré. Conozco a Bill desde hace tiempo y le encanta ayudar, siempre que haya público.

Me quedo con el comentario, tal vez me sirva más adelante.

—El miércoles a las nueve —digo—. De acuerdo.

Stedsan se pone a buscar un reproductor de VHS para las cintas de las declaraciones. Paso los dedos por la tapicería rugosa del pequeño sofá. Brilla con tonos dorados a la luz de la lámpara. Me pregunto de nuevo por qué Stedsan quiere escribir el libro. Había asumido que era una cuestión de dinero, pero ahora que he visto dónde vive me parece menos probable. Hay mucha gente rica echando espuma por la boca para enriquecerse todavía más, sin duda, pero él lleva la riqueza con despreocupación, como si apenas la percibiera. Ha dicho que era su legado, y tal vez sea cierto. Intento apartar la inquietud que trepa por mi espalda. Es demasiado tarde para cambiar de opinión y no estoy dispuesta a que unos muebles bonitos me hagan entrar en una espiral de ansiedad.

Stedsan regresa con las manos vacías.

—Lo siento —me dice—. Estaba seguro de que tenía un vídeo viejo en el sótano.

—No pasa nada —le digo—. Ya encontraré yo uno.

Aparco el coche más cerca de la casa y Stedsan se queda mirando el pequeño maletero con aire escéptico.

—Puedo enviarle las cajas a casa.

Pero ya oigo cómo se rasga la cinta y noto las páginas viejas y frágiles bajo mis dedos.

—Creo que cabrán —opino, y acto seguido empiezo a cargarlas.

Tras veinte minutos jugando al Tetris con cajas de cartón, consigo que encajen todas. Un poco a la fuerza. Me he negado a aceptar la ayuda de Stedsan, pero ahora me duele la espalda y estoy empapada de sudor bajo la chaqueta.

—¿Se las arreglará bien sola cuando llegue a casa? —pregunta.

Visualizo las escaleras estrechas y empinadas que suben hasta mi apartamento.

—Sí, no se preocupe.

—Me imagino que tardará un tiempo en revisar todo eso. Llámeme si le surge alguna duda. De lo contrario, nos vemos la semana que viene.

Asiento, sorprendida. Teniendo en cuenta el contrato que firmé, había dado por hecho que lo tendría revoloteando por encima de mi hombro en todo momento.

Mientras me monto en el coche, Stedsan me llama por mi nombre. Está enmarcado en el umbral, con una mano fuera y la otra dentro, como si una especie de fuerza estuviera intentando succionarlo hacia el interior de nuevo.

—Hay algo más que debería saber respecto a la reunión —dice—. El lugar ya no se llama Coram House. Ahora es Sunrise House, la casa del amanecer.

—Sunrise House —repito, y las palabras me dejan un sabor amargo en la boca.

La sonrisa taimada vuelve a aparecer en el rostro de Stedsan.

—Intente no mencionarlo delante de Bill. Al menos no con esa cara. Creo que el nombre lo eligió él mismo. Espere.

Stedsan se adentra de nuevo en su despacho y vuelve a salir al cabo de un segundo con un folleto brillante. «Sunrise House, ¡en el lago!», anuncia sobre una foto de archivo en la que aparecen unos atractivos treintañeros tomando vino alrededor de una hoguera, con el leve destello del agua de fondo. ¿Por qué los promotores siempre eligen nombres que suenan a cárcel de alta seguridad?

—De acuerdo —respondo, tragándome una mueca—. Tomo nota.

—Hasta el miércoles —me dice antes de cerrar la puerta.